

Juan Marín

## La Leyenda de Osiris

*El Cairo, octubre 1947.*



N artista puede immortalizarse con una sola obra de genio, un pueblo con un solo hecho glorioso, una raza con un único aporte a la civilización, un ciclo cultural con un mito solo lanzado a los cielos sin fondo de la Historia. La India no tendría necesidad sino de Buda y los «Upanishads» para pervivir en el recuerdo de todos los hombres; China se bastaría con Confúcio y el «Tao Teh-King»; Inglaterra sólo habría menester de Shakespeare y éste, a su vez, sólo de «Hamlet» para merecer el respeto y admiración de generaciones venideras; Europa, con todas sus disensiones intestinas y su «balkanización» interminable se justifica ante la Historia nada mas que con la sonrisa de la Hélade y ésta con Platón; España no tiene que ir más lejos de Cervantes y del Descubrimiento de América para hacerse perdonar mucho de lo que ha venido después. Palestina con el Cristianismo, cumplió una misión que no necesita agregados. Y así, se podrían acumular ejemplos «ad infinitum». Egipto, con una civilización tal vez la más antigua conocida, ha dado al mundo una de las más bellas concepciones nacidas de la prometeica mente del hombre: la Leyenda de Osiris, leyenda construída sobre un mito y mito

alzado sobre un símbolo que se ha probado fecundo y creador, porque no sólo ha emigrado a otras costas, impregnando la vida espiritual de otros pueblos con un soplo esotérico y romántico, sino que ha llevado un consuelo a todas las almas humanas crispadas y angustiadas frente al misterio del Más Allá.

Si las Pirámides y la Esfinge no existieran, ni Karnak, ni Luxor, ni Sakhara ni Abydos, ni el tesoro funerario de Tuthankamon, ni el «Libro de Thot», ni el «Papyrus de Ebers», ni la «Piedra Rosetta», siempre Egipto habría cumplido una misión ante el mundo de la cultura y de la ética por haber alumbrado la leyenda osiriana. Múltiples circunstancias confluyen y coinciden en el nacimiento de este mito, diversas raíces nutrieron su origen, condiciones geográficas e históricas especiales contribuyeron a su perfección. De todas ellas, en rápida revista, hablaremos mas adelante.

\* \* \*

Mitos hay de origen astral o celestial y de origen agrario, de esencia solar y de base protohistórica. Todos ellos se afincan sobre restos aberrantes existentes en la psiquis humana, en el «inconsciente colectivo» freudiano, sobre esas metástasis arcaicas del espíritu humano que flotan como maderos de naufragio en el protoplasma primigenio de la psiquis de la especie. Sobre esos núcleos o en torno a ellos, en medio de las tinieblas del «universo creador» que dijo Eugéne Jolas, se opera a veces el milagro. El balbuceo elemental se transforma en verbo perfecto la masa amorfa en prístino cristal.

Todo mito arranca de un símbolo: es o fué alguna vez un símbolo. La etapa racionalizadora de la mente del hombre fué precedida por una larguísima era, llamada por algunos, la etapa «mágica» en que el símbolo jugaba papel fundamental. La tendencia primera y espontánea de la psiquis humana es pues, la de expresarse en símbolos. La expresión concreta, el razona-



miento silogístico y la precisión matemática son atributos que aparecen mucho más tardíamente en la evolución de la mente del hombre. El análisis de los sueños ha permitido demostrar la verdadera y la pasada significación de esta facultad «simbolizadora» de la mente. Los símbolos, sistematizados y dotados de cierta fijeza y permanencia en sus imágenes, constituyen los ritos. No debe confundirse la siempre «visión» de un sueño o los fantasmas que pueblan el delirio de un neurópata con los símbolos creadores pues la característica de éstos es su permanencia e identidad, a lo largo del tiempo y en multitud de seres a la vez. Los mecanismos de la inteligencia, los sistemas de trabajo de la mente del hombre, son sorprendentemente análogos desde el comienzo de los tiempos hasta hoy: el símbolo emergente de una frase poética de Shakespeare o de un verso de Blake es, en su esencia, análogo al que se nos ofrece en una página de Chuang-Tsze o de Sófocles, o la que encontramos en un versículo del Libro de Isaías o del Evangelio de San Juan. Entre un verso de Rimbaud y una sentencia de Huai Nan-Tszé hay fundamentalmente las mismas dinámicas de la psiquis.

El efecto, la resonancia psíquica del símbolo, no depende de la imagen «física» que él expresa, sino de la relación que, en mayor o menor grado, el símbolo muestra entre el macro y el microcosmos, esto es, de su poder cosmogénico. Por eso, todo símbolo es siempre una proyección de lo psíquico en lo físico. No puede decirse que los grandes mitos que flotan como nubes en la Historia de la Humanidad existan «como tales» en parte alguna, así sea en las estrellas, en las estratas subterráneas del suelo o en el fondo de los mares. Tampoco puede afirmarse que sean creaciones puramente abstractas, especulativas y fantasmales del inconsciente. Su existencia «real» está condicionada por una relación directa, por una «proyección», entre el mundo del pensamiento y el universo físico. El mito es el rayo de luz que ilumina el contenido del símbolo: los adeptos griegos, al ser iniciados en los Misterios Orficos, no podían comprender los

símbolos de la ceremonia si no conocían previamente el mito de Zagreus devorado por los Titanes. Pitágoras descendiendo por los caminos iniciáticos de Egipto tenía que conocer el mito de Osiris para entender la filosofía de la Vida y Muerte enseñada en esos Misterios. Por su parte, los símbolos adquieren vida, y fuerza exclusivamente al tamizarse a través del mito: la aparición del símbolo desencadena en la mente una o varias asociaciones de ideas, en las cuales el mito aparece no como tal, sino como un hecho «real». Tal es la virtud y el poder recíproco de símbolos y mitos.

La leyenda es el ropaje que viste al mito con un manto poético animándolo con ese soplo miguel-angélico que hace que el mármol hable y que el verso deje de ser letra muerta para ser Verbo creador.

\* \* \*

El dios «solar» Rá (figura central del culto «heliopolitano» del Egipto histórico—y proto—histórico, e indentificado con el Sol mismo) disgustado con su esposa Nut (identificada a veces con la Noche, otras veces con la Tierra) la maldijo y decretó que ella no podría dar a luz hijos en ninguno de los trescientos sesenta días del año. Pero, junto a la esposa maldecida y presto siempre a ayudar a todos los que se encontraban en desgracia, estaba el dios Thot o Hermes Trimegisto fundador de la Medicina y del Calendario, abuelo de alquimistas y astrólogos y Maestro de todos los Misterios. Thot, compadecido de la diosa condenada a vergonzosa esterilidad creó entonces los cinco días epagómenos y en cada uno de ellos Nut dió a luz un hijo, a saber: Osiris, Haroeris (y Horus el «luchador» el «antiguo»), Seth o Typhon, Isis y Nephthis. De estos cinco hermanos, dos parejas matrimoniales se formaron: la de Osiris con Isis y la de Seth con Nephthis. A la muerte del «dios-hombre» Geb, considerado como el Padre místico de Egipto, Osiris ascendió al trono real del



país del Nilo y, ayudado por Isis, él enseñó a los hombres la agricultura, la escritura geroglífica, las leyes y el culto de los dioses. Osiris se empeñó también por unificar el país, por lo menos la zona del Delta y para esto viajaba sin cesar de un punto a otro cautivando a los hombres con su bondad y buen ejemplo y hechizándolos (como el dios pastor hindú Krishna autor del sublime «Baghavat-Ghitá») con las melodías de su flauta. Estas andanzas unificadoras de Osiris acabaron por despertar los celos de su hermano Seth, que reinaba en la franja oriental del Delta, perturbando de tal modo su juicio que decidió asesinar a Osiris y apoderarse del trono unificado de Egipto. Para llevar a cabo sus «caínicos» planes, Seth dió un gran banquete en su palacio, festín al cual invitó a Osiris como huésped de honor. Los huéspedes comieron y libaron abundantemente; las muchachas tocadoras de música ejecutaron dulces y sensuales melodías al compás de las cuales bailaban las danzarinas de palacio, con esos gestos estilizados que todavía podemos admirar en los frescos de las Pirámides. Al final del festín, Seth o Typhon, anunció que tenía una sorpresa para sus invitados, consistente en un magno obsequio. El obsequio no era otra cosa que un ataúd regiamente labrado y pintado y ornado de oro y piedras preciosas. En un país como éste, en que toda la vida gira en torno de la preocupación de la muerte y del Más Allá, el obsequio de un ataúd no tenía nada de extraordinario y por el contrario estaba muy a tono con el espíritu de la época. El anfitrión anunció solemnemente que el féretro estaba destinado para aquel de sus invitados cuyo cuerpo coincidiera exactamente con el ataúd y para verificarlo los huéspedes deberían introducirse, uno a uno, dentro de la caja mientras todos los demás agrupados en torno, constataban las medidas. Osiris era un personaje muy alto de estatura y como la caja estaba destinada para él, naturalmente todos los demás invitados pasaron la prueba fácilmente. Seth había hecho previamente salir de la sala a todos los servidores, músicos y danzarinas y quedaban sólo sus invitados, que eran

sus amigos y estaban en el complot. Osiris fué el último en introducirse en el ataúd. Con su bondad infinita jamás sospechó que se le tendía una celada.

—Hermano, exclamó, se diría que ha sido hecho para mí.

Su observación no tuvo respuesta. Apenas se hubo recostado en el ataúd que estaba destinado a ser su propio féretro, Typhon y sus cómplices se abalanzaron sobre él, cerrando herméticamente la tapa, la cual remacharon con fuertes clavos y amarras.

El ataúd, con su trágica carga, fué sacado secretamente del palacio y arrojado en las aguas del Nilo, en las mismas aguas que según el mito hebraico sería arrojado, miles de años después, el cuerpo de Moisés niño.

Isis, al tener noticias del crimen, enloquecida de dolor, invocó a todos los dioses en su ayuda y se puso sin pérdida de tiempo en busca del cuerpo de su esposo-hermano, para darle sepultura adecuada ya que, según las más remotas creencias del país, la integridad física del cuerpo es condición indispensable para la supervivencia en la otra vida. Mientras tanto el ataúd había navegado río abajo, —pasó junto a la isla en que habría de tocar siglos más tarde la cesta mosaica, para ser recogida por la hija el Faraón—salió al océano que ya surcaban los barcos fenicios y fué a vararse en un sitio de la costa del Reino de Biblos, en Fenicia. En el sitio en que el ataúd fué a tocar la playa, creció un cedro (según otros un árbol de acacia), el cual se desarrolló en forma tan frondosa y robusta que englobó el ataúd en sus raíces primero y luego en el espesor de su tronco.

Melandro, Rey de Biblos, en ocasión en que pasó por el lugar, quedó maravillado de aquel árbol—en cuyo ramaje, según es fama, el viento arrancaba incomparables melodías que no eran otra cosa que los lastimeros llamados de Osiris—y ordenó cortarlo para hacer con el bello tronco, una columna para su trono.

Isis, que poseía todas las artes de magia y hechicería adivinó



el paradero del cuerpo de su bienamado esposo-hermano y se encaminó a la Corte de Biblos obteniendo de Melandro, a fuerza de súplicas y embrujos que le hiciera don de la preciosa columna de madera perfumada. Con ella, regresó a Egipto y se refugió en los pantanos de Cheminis en donde vivía oculta, protegiéndose contra asechanzas de Seth; aquí, con la ayuda del dios Anubis, padre y creador de la ciencia del embalsamamiento, procedió a embalsamar el cuerpo de Osiris antes de darle piadosa sepultura. Durante este período, Isis habría concebido a Horus, su hijo póstumo: para esto Isis, usando sus artes de magia, se habría transformado en un halcón-hembra y posándose sobre el cadáver de su esposo, habría quedado encinta.

Seth, mientras tanto, informado del hallazgo y retorno del cadáver de su hermano cuyo trono había usurpado, decidió hacerlo desaparecer, esta vez en forma que resultara imposible para Isis recuperarlo. Al efecto, se robó el cadáver del sitio en que Isis lo había inhumado y procedió a mutilarlo en catorce pedazos, cada uno de los cuales fué a sepultar en diferentes puntos, de los más apartados, en los confines del reino. Isis empezó de nuevo su penosa peregrinación, a todo lo largo y lo ancho del país encontrando y recogiendo uno a uno los trozos mutilados de su hermano-esposo y dándole sepultura en el mismo sitio. Sólo uno de ellos nunca fué recuperado y ese fué el miembro genital de Osiris, el cual había sido arrojado al río por Typhon y devorado allí por un pez onixírico. Horus, crecido en su refugio de las marismas de Chemis e instruído por Thot y Anubis en todas las artes del Gobierno y la magia, decidió desafiar a Typhon y recuperar para sí el trono de su padre. Era un adolescente de extraordinaria fuerza y belleza—se le representa con cabeza de halcón—y había pasado a ser el esposo de Isis, según la expresión que se encuentra en las Pirámides, aplicada no sólo a él, sino a todos los dioses, de «ser el toro de su madre» o sea la re-encarnación de padre como esposo e hijo a la vez. El combate entre tío y sobrino duró muchos días-siglos y sus episodios son

comparables a los del Ramayana Védico o a las guerras homéricas. Ambos contendores usaban recursos de magia aparte de su gran fortaleza física. El triunfo fué, finalmente, de Horus, quien, condujo a Seth, atado de pies y manos, ante la presencia de Isis para que ésta hiciera justicia o ejerciera su venganza. Pero Isis, escuchando las lamentaciones de Typhon y compadecida del lamentable estado en que se hallaba le dió la libertad aprovechando una ausencia de Horus. Al regresar éste e imponerse de lo que había hecho su madre, tuvo un acceso de ira tan violento que se abalanzó sobre Isis y arrancó de su cabeza la corona real tirándola por tierra. Thot, siempre oportuno, apareció en escena y reemplazó la perdida tiara de la reina por una cabeza de vaca, lo cual explica que siempre se representa a Isis con dos enormes cuernos sobre la frente y un sol entre ellos. Seth, liberado ahora, se apresuró a acusar públicamente a Horus de ser un hijo ilegítimo, un bastardo real, habiendo evidentemente nacido fuera del tiempo en que Osiris pudo haberlo engendrado. Comienzan de nuevo los épicos combates, en los cuales Isis aparece siempre ayudando a su hijo. Tan pronto los rivales son transformados en hipopótamos o cocodrilos luchando en el fondo de las aguas o en forma de pájaros o peces. Isis, de vez en cuando, comete algunos graves errores, como el de disparar un dardo contra uno de los hipopótamos que ella creía ser Typhon y que resultó ser Horus, pero, con sus poderes sobrenaturales, ella misma reparaba prontamente el daño y seguía acosando a Seth. Indecisos estaban los resultados de esta lucha de titanes cuando los dioses decidieron intervenir y para el efecto, constituidos en tribunal, llamaron a juicio a los rivales. Isis, adoptando las más diversas formas de la escala zoológica ayudaba a su hijo, mientras Thot—cosa curiosa—aparece ahora ayudando a Seth. El tribunal formado por los nueve dioses del sistema heliopolitano, se inclinaba a dar la razón a Horus, pero el hecho anómalo de su extraño nacimiento constituía el más poderoso obstáculo que se oponía a su reinstalación en el trono de su padre.



En esos momentos aparece en escena ante el tribunal de dioses, Osiris resucitado, de retorno del «País de los Muertos» del cual es ahora señor y Rey supremo, tal como lo había sido antes en la tierra. Osiris toma la defensa de su hijo, cuya legitimidad reconoce plenamente y acusa a Typhon de fratricidio y de usurpación del trono. Con esto, los dioses no tuvieron más que pensar ni vacilar y condenaron a Seth a las penas infernales, sentando a Horus en el trono de su padre. Horus unificó su reino con el Reino de Seth, pasando a ser el Padre de todas las Dinastías del País, y el primero de todos los reyes de Egipto. Osiris, cumplida su misión, desciende de nuevo al Reino de los Muertos en donde ejerce soberanía y justicia sobre todas las almas («Ká») que llegan para ser pesadas en la balanza de la justicia. Se le representa sentado en un trono teniendo a un lado a Horus y a Anubis y al otro a Isis. Horus maneja la balanza de la justicia en uno de cuyos platillos Anubis coloca el corazón del difunto y en el otro unas plumas de avestruz. Si el corazón—depositario del alma del hombre con todos sus pecados—pesa más que las plumas, el muerto necesita expiación proporcional a sus faltas. Por el contrario, si es más liviano, Osiris le da entrada en el Paraíso. Para los grandes criminales, hay a los pies de Osiris un animal con cuerpo de hipopótamo y cabeza de cocodrilo, llamado «la mangeuse» que los devora. Esta es la versión simple y completa de la leyenda de Osiris, basada en la versión de Plutarco, más algunos agregados tomados de otras fuentes. Ya hemos dicho que hay muchas otras versiones: la histórica propiamente tal, la del texto de las Pirámides, la leyenda incluida en los Himnos del «Imperio Medio», la de los Himnos del «Nuevo Imperio», la versión «solar» de los templos de Heliópolis, etc.

Un mito es como un río, en el cual desembocan numerosos afluentes, nutriendo y alimentando su cauce que se hace cada vez más ancho a medida que fluye y avanza en el espacio-tiempo. El mito de Osiris, tan rico y profundo como es, tiene necesariamente, muchos aportes, muchos ingredientes, muchas raíces.

Veamos cuáles son los principales entre esos elementos diversos incorporados dentro del mito osírico.

\* \* \*

*Osiris rey divinizado.*—Es evidente que, existió alguna vez, en los comienzos de la historia de Egipto, mucho antes de la Época Thinita y de las Primeras Dinastías (3300-2700 A. C.) un monarca que alcanzó a gobernar sobre todo el país durante corto tiempo y que murió de muerte violenta a manos de un reyezuelo rival. Ya en la época de las Dinastías IV y V (2700-2400 A. C.) esta historia aparece perfectamente sistematizada y se la encuentra grabada en los Sarcófagos. El crimen parece haberse cometido en la región de Nédit, sitio en que, de acuerdo con las versiones, el cadáver habría sido arrojado al agua. La capital del reino de Osiris estaba en Busiris, casi en el centro del Delta, según lo prueba el hecho de que el más antiguo santuario de Osiris ya rey divinizado aparezca en Busiris, región también la más apasionada hasta hoy en su culto del dios y en su odio contra Seth y su reino rival. Parece ser que después de su muerte y cuando su culto empezaba a tomar forma, Osiris fué identificado con Andity, el dios «local» del IX «nome», provincia de Egipto cuyo centro es Busiris, habiendo absorbido completamente la personalidad de este dios que era uno de los dioses «totémicos» adorados por las diversas regiones del país. A partir de la V Dinastía, Osiris ingresa a la pléyade de los dioses «solares» (Ra o Atum-Ra, Geb, Shou, Nut Tefnut: la llamada «Enéada de Heliópolis») que tenían su culto en la capital, Heliópolis, a cargo de la poderosa casta sacerdotal heliopolitana.

\* \* \*

*Osiris, dios de vegetación.*—La transformación de Osiris en dios de vegetación es mucho más vasta y compleja. Tesis es ésta



que ha sido sustentada brillantemente por Sir James Frazer en su magna obra «The Golden Bough» (La Rama de Oro») y debatida por tan altas autoridades como Moret, Rush, Kees, Erman, Davies-Gardiner, Lloret, Vandier, etc. Primero, Osiris parece haber sido identificado con Geb, dios de la Tierra y padre suyo según la leyenda plutarquiana: era pues un dios «chtónico», padre de la vegetación. Luego entra a jugar un papel como dios de las aguas o dios del río hasta llegar a personificar el río mismo: el Nilo.

Para explicarse este proceso hay que recordar la estrecha asociación que en Egipto existe entre el Nilo y las cosechas: el río fecunda las tierras una vez al año y se retira luego dejando una capa de limo fecundo sobre todo el valle del río. Hay una clara relación de causalidad entre la crece fluvial y la fructificación. Osiris habría sido arrojado a las aguas del Nilo poco antes de la crecida anual: todos los festivales de adoración a Osiris desde los tiempos más remotos, tienen lugar inmediatamente después que la crecida ha llegado a su más alto nivel, en la plenitud del poder fecundante de las aguas. El cuerpo sagrado del «hombre-dios» infundió a las aguas del río un poder mágico de fertilización. No olvidemos tampoco que, según la leyenda, el miembro fálico de Osiris fué arrojado al río por Typhon en su segundo atentado «cainístico» y habría sido devorado por un pez. La virtud genésica de Osiris pasó a ser la virtud genésica del agua,—cantada por Lao-Tszé en la remota China como el poder de donde nacen todas las formas de vida—, el elemento que fecunda todo cuanto vive. Cuando las siembras fructificaban, era el cuerpo de Osiris que renacía. Así fué como, más tarde, pasó Osiris a ser identificado con Nepri, dios de los cereales y su mito viajó después a Siria en el Asia Menor en la forma de Attis-Adonis, a Grecia como Dyonissos y a Roma como Baco. Ya no sólo la tierra de Egipto era el cuerpo de Osiris o el Nilo su fuerza genésica, sino que las plantas mismas eran parte y esencia de su ser: cuando la semilla era arrojada en el surco, era el cuerpo de Osiris que

se sepultaba y cuando el brote aparecía en la superficie y se expandía en floración, era Osiris resucitado que volvía del «Reino de los Muertos». Los ritos de adoración a Osiris en los equinoccios, incluían detalles altamente reveladores: se hacían estatuillas de barro representando el cuerpo de Osiris y se plantaba en ellas semillas de cereales diversos; cuando los brotes aparecían sobre la imagen del dios, se celebraba la resurrección osiriana. Del mismo modo, sobre una sábana húmeda se dibujaba la silueta de Osiris y esta sábana, colocada en el suelo, se cubría de tierra vegetal sembrando semillas en toda la superficie delimitada por el contorno, de modo que, al florecer los brotes, la imagen del dios era una imagen vegetal, era, según dicen los himnos del Nuevo Imperio, «un tapiz verdeante y florido». Como dios del río, en estos mismos himnos se adora a Osiris-río en forma antropomórfica: el agua es el sudor del dios, el viento el resuello que sale de su garganta, etc., tal como el «Pan-Kú» de los más antiguos textos chinos esotéricos. Según Moret, hay otra prueba del carácter agrario del culto osiriano y ella es que las ceremonias de sacrificio de todos los dioses de vegetación entre los pueblos primitivos, incluyen el desmembramiento de la víctima ofrecida en sacrificio. Hechos son todos estos, altamente sugestivos, pero que no demuestran prioridad sobre otras versiones, sino confluencia o interpolación.

\* \* \*

*Osiris como un dios cósmico.*—Tan complejo como Osiris-vegetal es este aspecto «astral» del mito de Osiris. Según Otto Rank (en su célebre obra «El nacimiento del héroe en el origen de los mitos») todos los mitos son formaciones de la facultad imaginativa del hombre que, en alguna época, son proyectadas sobre los cuerpos estelares «con sus enigmáticos fenómenos». Hemos estudiado detenidamente este tema en nuestro ensayo sobre el «Mito-Emblema Dragón» (Juan Marín: «El Alma de



China», Edit, «Claridad», Bs. Aires). Osiris pasó a ser proyectado sobre el cielo como «Príncipe de las Estrellas», en la forma de la constelación de Orión «Príncipe del Cielo Nocturno». Para aceptar este desplazamiento había que aceptar que Osiris, Rey del «País de los Muertos», había trasladado su reino al cielo desde las profundidades de la tierra, exactamente como el Dragón chino ascendió desde las cuevas subterráneas y del fondo de los mares a la «Constelación de Draco» o del «Esturión». (Los peces se transforman en estrellas según creencias arcaicas de los chinos). En efecto, en la época de las Dinastías del Imperio Medio, la noción subterránea del «Reino de los Muertos» parece haber sido reemplazada por una concepción celestial: las almas, «Ká», iban hacia arriba y no hacia abajo. Pero, aquí entra en juego un nuevo factor: la religión «solar» que tenía sus templos en Heliópolis era sumamente fuerte y se apoyaba sobre una poderosa casta sacerdotal dotada de enormes riquezas y de gran poder político; ya el dios Amón había sido refundido con el dios «solar» Rá, que no se dejaba desplazar por ningún recién venido: así había nacido Amón-Rá, dios-sol.

Los dioses de la «Eneada heliopolitana» no estaban muertos sino muy vivos, pero, dispuestos al mismo tiempo, a toda clase de transacciones, adaptaciones y mutaciones si llegaba el caso, para sobrevivir. Osiris, que avanzaba desde las conciencias populares con un ímpetu avasallante, tuvo que ser admitido entre los dioses solares. Pero, no era este un dios al cual se pudiera asignar un lugar subalterno: él era el dios de la fecundación de las tierras y de la potencia genésica de las aguas, era el dios «resucitado», era un rey destronado que había vuelto a la vida para ocupar su trono en la forma de su hijo Horus nacido de un contacto póstumo con Isis. No había para él otro sitio que el del centro de la pléyade solar: Osiris tenía que ser el Sol mismo que fecunda e ilumina, que muere cada noche para renacer cada mañana. Era la fuerza vital de la Naturaleza, el soplo cósmico que anima la creación. Tenía que desplazar a Amón-Rá, el «dios-

sol», lo cual era imposible; pero los prestes de Heliópolis encontraron una solución para el conflicto que ya se había planteado (en efecto en algunas de las inscripciones de las Pirámides, Osiris aparece como enemigo y rival de Rá, como un «anti-Rá» y a veces también como identificado con la Luna): los sacerdotes de Thebas decidieron que Osiris sería el hijo de Rá, el hijo del Sol, El dios nocturno y lunar, el «Dios de los Muertos», pasaba a ser ahora el dios diurno y solar, el Dios de la Vida.

\* \* \*

*Osiris dios de los misterios iniciáticos.*—De su calidad de símbolo hermético hay múltiples testimonios en los textos de las Pirámides, en los textos de los Sarcófagos, en el llamado «Libro de los Caminos», en el «Libro de Andust», en el «Libro de las Puertas», en el «Libro de la Noche», etc. Todo esto está relacionado principalmente con el rol de dios funerario de Osiris. Se suponía que el alma de muerto debía pasar una serie de pruebas y dificultades antes de llegar a la Sala del Juicio donde su alma sería pesada en la balanza de la Justicia. Pues bien, todas esas pruebas (cruzar el «lago sinuoso», luchar con la serpiente y con el hipopótamo, ser «aceptado en la barca», cruzar las «puertas» de los diversos lugares, etc., eran indudablemente dúPLICAS o símbolos de pruebas que los sacerdotes o iniciados del culto osírico secreto debían pasar antes de ser aceptados como tales; hay apenas un tenue ropaje de ficción que disimula el verdadero significado de los símbolos. Osiris, «Rey de los Muertos» y de la «Resurrección» era quien conocía todos los secretos, sólo revelados por él a Horus, el dios que sella sus labios en secreto poniéndose dos dedos sobre ellos. El descenso del alma del difunto o del candidato a la iniciación al «Reino de los Muertos» era su descenso al Reino del Error y el Pecado y su ascenso era el advenimiento al Reino de la Verdad y la Sabiduría, era la liberación de su alma de la ignorancia y el error. Así como el mundo se



hunde cada noche en el reino de las sombras y renace al día siguiente en el reino de la luz, así el alma del hombre se hunde en el error y la mentira para renacer en la verdad y la pureza. Osiris era el símbolo perfecto de esta ecuación en la que Seth jugaba el rol de la Mentira y el Error, del Mal y del Vicio que acechan al hombre en su camino. El novicio que pasaba todas las pruebas de los Misterios de estos santuarios, era un adepto de Osiris, un hombre resucitado. Se sabe positivamente de algunos filósofos de la antigüedad y de algunos de los grandes fundadores de religiones que se sometieron a estas pruebas.

\* \* \*

¿Existe un determinismo en los procesos de esa gran mente subterránea de la humanidad que es el Inconsciente Colectivo de Freud? ¿O pueden nacer los mitos y leyendas por mero capricho del azar? Nuestra opinión es que un riguroso determinismo rige el nacimiento de los mitos. Así como en la biología la Filogenia reproduce fielmente los estados ontogénicos, así el Inconsciente Colectivo repite los mecanismos de la psiquis humana en la cual nada es arbitrario y todo tiene sus «cómo» y sus «por qué».

¿De qué manera explicarnos la génesis y comprender el desarrollo de la leyenda de Osiris en tierras del Nilo? Veamos modo de encontrar una explicación satisfactoria.

*Factores geográficos.*—La existencia del país está condicionada totalmente por el Nilo; los procesos de fecundación de la tierra por el agua son aquí netamente objetivos. Hay un ritmo cíclico en la generación agrícola, no hay confusión posible en la mente popular acerca de los fenómenos de vegetación. Las alternancias de nacimiento y muerte, fecundación y extinción, comienzo y término, son visibles y tangibles.

*Factores históricos.*—Egipto es el país cuya historia es la más antigua conocida, cuyos reyes de las viejas dinastías han llegado hasta nosotros en monumentos y escrituras. País que, teniendo

altamente desarrollado el culto de la Muerte, construyó, escribió y grabó en piedra, mármol y alabastro. Un clima excepcionalmente seco y libre de sacudimientos sísmicos ha permitido que los monumentos funerarios, guardadores de toda la historia y de las tradiciones del país, se hayan conservado casi intactos. El respeto por la realeza se ha mantenido durante seis mil años prácticamente intocado: la divinidad de los reyes ha sido permanentemente aceptada y las relaciones cosmogónicas de las dinastías han quedado grabadas en los muros interiores de los Sarcófagos.

*Factores estelares.*—País plano, de clima seco, sin lluvias ni tempestades, Egipto ha sido favorecido por la Naturaleza con noches claras y luminosas durante todo el año. Los cielos nocturnos de Egipto son de una claridad y transparencia sin par. La Luna y las estrellas se dirían ser alcanzadas con la mano. Durante miles de años, los hombres del país, ya fueran ellos viajeros en un alto de las caravanas, recostados sobre las arenas desérticas o bien los agricultores de las primitivas comunidades asomados a la puerta de sus rústicas viviendas, o los navegantes de cara al cielo en el fondo de las embarcaciones que surcan el Nilo o sus afluentes, los egipcios han aprendido a contemplar las constelaciones. Sus ideas y las elucubraciones de su mente las han proyectado sobre los astros, ha visto allí los «signos», han leído en el «Gran Libro» que decía Paracelso. Con las solas leyendas egipcias acerca de la Luna se podría llenar un libro. Las invasiones de etíopes y nubios, de beduinos y semitas, de persas y babilonios, pueblos todos también impregnados por la idea de cielo, no han hecho sino robustecer esta tendencia astrológica espontánea de la conciencia popular egipcia.

*Factores hermetistas.*—Un pueblo obsesionado por la idea de la muerte y por el misterio de la «otra vida», debía forzosamente desarrollar en el más alto grado los ritos iniciáticos, las ideas morales, la tendencia simbolizadora y ritualística, la disciplina de la vida espiritual proyectadas a códigos de comportamiento en esta vida y consejos para la otra. Tal es el caso de



Egipto. Aquí vinieron hombres de todos los climas a beber en las fuentes de los misterios heliopolitanos y heracleopolitanos, osíricos o «herméticos» (de Hermes o Thot), enseñanzas que no podían ser reveladas a la masa vulgar y que eran privilegio de una «élite» de adeptos, filósofos y sacerdotes. Durante años y siglos la doctrina de Osiris luchó en condiciones de evidente desigualdad con la doctrina «solar» que reinaba como soberana de los misterios. Así lo enseñan y muestran los textos de los Sarcófagos. Pero a partir de la V<sup>o</sup> Dinastía (2563-2423 A. C.), la religión de Heliópolis empieza a derivar abiertamente hacia la magia mientras, por el contrario, la de Osiris se eleva más y más a los planos de una alta y depurada filosofía. Pero, esta lucha en el plano de las ideas necesitaba también de una ayuda política y así como el Budismo en Asia no hubiera triunfado sin el poderoso sostén del Emperador Acoka el «Grande» y el Confucianismo sin la ayuda de los monarcas de la Dinastía Sung, así la doctrina Osírica hubo menester de un Faraón que la alzara y la impusiera sobre Amón-Rá, sostenido por los poderosos sacerdotes de Heliópolis. Ese monarca fué Antef, de la XI Dinastía, (2060-2000 A. C.) quien, habiéndose apoderado de Abydos, estableció allí el centro del culto de Osiris, como «religión de Estado». Desde entonces, los peregrinajes a Abydos y a Busiris (lugar del más antiguo culto osírico, en el Delta) sustituyeron los peregrinajes «solares» a Heliópolis y el padre de Horus pasó a ser el Maestro supremo e indiscutido de todos los hombres y de todos los dioses. Los más viejos santuarios egipcios como el de Mendes y Kher-Aha (o «Babilonia Egipcia»), de Heliópolis y Heraklópolis, de Rosetta y Memphis, pasan a ser santuarios osíricos. Una «Eneada Osiriana» viene a reemplazar la «Eneada Heliopolitana» y en ella forman: Chnum y Hekhet, Shu y Tefnut, Onuris, y Mehet, etc. Los viejos dioses cósmicos y «solares» entran también a integrar la «corte» osírica, pero no como miembros regulares de ella sino como allegados; así, sus mismos míticos parientes como ser: Isis, Anubis, Min, Amón, Ptah, Nephtis,

Hathor y el propio Rá. Es a partir de este período que el osirismo desarrolla poderosamente los aspectos esencialmente panteístas de su doctrina y se afirma con fuerte garra en el pensamiento del mundo antiguo. Es la época «sáulica» y expansionista del osirismo, equivalente a lo que fué la Dinastía Tang para el Taoísmo y la Dinastía Sung para el Confucianismo en China: su era de consolidación y afincamiento en lo ecuménico y permanente.

\* \* \*

¿Por qué esta leyenda cautivó de tal manera la imaginación del pueblo egipcio—y de todos los pueblos de la antigüedad—que hasta hoy la figura de Osiris pervive como una «imago» excelsa de perfección y de belleza? La ambición de todo hombre era y sigue siendo la de «ser un Osiris» es decir, resucitar después de la muerte y vivir eternamente, reinar en la muerte como se ha reinado en la vida. Las inscripciones de las Pirámides revelan que ésta era la suprema aspiración de reyes y súbditos, de nobles y comunes, de ricos y pobres, por igual. La explicación de este fenómeno está en esa ansia de inmortalidad que todo hombre experimenta desde que nace; en el horror a la extinción total que todas las religiones satisfacen creando una noción de alma inmortal y una afirmación de paraísos supra-terrestres. Ya hemos expuesto en otro sitio (Juan Marín. «China» Lao-Tsze, Confucio, Buda», Edit. «Espasa-Calpe Argentina», Buenos Aires) cómo ni el propio Budismo, religión de tan alta prosapia intelectual, pudo sostener su idea del «Nirvana» y hubo de aceptar, para satisfacer a las muchedumbres asiáticas, la idea de un «Paraíso del Oeste» en que las almas, encarnadas en forma de flores de loto, flotan sobre estanques de jade gozando de incomparables delicias por toda la eternidad.

La doctrina osiriana es eminentemente asiática en el sentido de que es cíclica, evolucionista, hereacliteana en su dialéctico proceso de eternas alternancias y oposiciones. Reconoce las mis-



mas verdades fundamentales contenidas en el «Tao Teh-King» de Lao-Tszé y en el «Libro de las Mutaciones» o Shi-King» de Confucio: la vida concebida como un incesante ir y venir, un girar en círculos dialécticos, aquello que tan admirablemente expresará Lieh-Tszé en su libro «Chu-Fuh-Ling»: «Nada muere ni nada vive»: todo pasa por etapas que se suceden unas a otras sin que la esencia cambie. Al morir, el hombre se reintegra al telar cósmico y la aguja tejedora vuelve a comenzar a trabajar para él; todos los seres salen así, un día, de la hilandería cósmica para volver a entrar y luego volver a salir». Vida y muerte serían dos polos de un mismo acontecer: la fuerza vital, la evolución creadora, el «akh» egipcio, realizándose de cambio en cambio, de alternancia en alternancia; todo lo que nace, muere, todo lo que muere, resucita.

Osiris puede ser concebido como un rey destronado y vengado después por su hijo, puede ser la estrella Orión o el Sol mismo, el río Nilo o la tierra del Delta, el dios del maíz o el árbol de la acacia, puede representar la noción de Verdad o la de Virtud vencedoras al final de su combate sobre el Error y el Vicio. Pero, siempre él es la idea dialéctica de «resurrección» expresada a través de su persona mítica, la noción de permanencia dentro de la mutabilidad, la misma idea que los viejos sabios «Rikshis» y «brahmanes» expresaron con el símbolo de la «svástika» o «sol giratorio» o «universo en movimiento».

\* \* \*

Hay todavía otros aspectos en el cautivante mito del esposo-hermano de Isis: Osiris encarna la mitad ariélica del hombre mientras que Seth representa evidentemente, su mitad calibánica. Osiris es también el bíblico Abel asesinado por Caín; es Ormuz, dios persa de la luz, devorado por Ahrimán, señor de las tinieblas; es Prometeo devorado por el buitre en la sombría soledad del peñón caucásico.

Osiris es el «redentor» que para alcanzar la perfección tiene que sufrir no sólo el horror de la muerte sino aún la infamia de la mutilación. El falo osírico, separado de su cuerpo y jamás recuperado por Isis, es otro símbolo: con tal mutilación Osiris pasa a ser el «buc emisario» de las costumbres tibetanas, el «macho cabrío» de las tradiciones israelitas, depositario de las culpas de su pueblo. Osiris libera a su raza de las arcaicas culpas del «Pecado Original» que, según los psicoanalistas, pesan sobre la conciencia de todos los pueblos, como una horrible pesadilla expresada en el horror a la serpiente.

Osiris, en la persona de su hijo Horus, atravesando al cocodrilo con su lanza, es San Jorge aniquilando al Dragón, es Marduk, Sigfrido, Perseo, Jason, Dédalo y Prometeo, es la suma de todos los «héroes-imagos» concebidos por el «Inconsciente Colectivo» como fuerzas vencedoras del Mal.

El descenso de Osiris al «País de los Muertos» representaría el «Descenso del Hombre» a través de las «Puertas Celestiales», pasando por las constelaciones y planetas, por el Sol y la Luna, hasta llegar a su forma humana y terrenal; sería Belcebú arrojado del Cielo, Adán expulsado del Paraíso. Su descenso, en seguida, expresaría la afirmación de ese «retorno» en el cual todos los pueblos siempre han creído, ese re-ascenso del hombre a las regiones celestes de las cuales descendió, creencia expresada en los mitos de la «Escala de Jacob», de la «Torre de Babel» y tantos otros.

Es por todo esto que la leyenda de Osiris será eterna: vivirá tanto tiempo como exista la especie humana sobre el planeta, y, si algún día esa especie fuera extinguida por causas cósmicas o terrenales, por razones intrínsecas o extrínsecas, los seres que nacieran de las humeantes ruinas o emergieran del magma caótico de la catástrofe, re-descubrirán el mito y construirán de nuevo la leyenda, tal como los prehistóricos hombres del Valle del Nilo la descubrieron o quizá, la re-descubrieron.